
DISCURSO

EN MEMORIA DEL MALOGRADO FORTUNY. (*)

¿Por qué la acreditada seccion de Bellas Artes del Liceo se une en fraternal consorcio á la naciente Asociacion de Escritores y Artistas para honrar la memoria del pintor Mariano Fortuny? ¿Mecióse, por ventura, su cuna en nuestro suelo? ¿Nuestras suaves brisas acariciaron sus mejillas en sus juegos de niño, ó vinieron á refrescar su frente abrasada con el fuego de la inspiracion, abrumada con la pesada carga de los cuidados de la vida? ¿Fuimos acaso partícipes de las puerilidades del adolescente, de las ilusiones del doncel, de las siempre amargas decepciones y crueles desengaños que rodean al hombre en su virilidad? ¿Nuestras manos se enlazaron á las suyas y fueron nuestras almas depositarias de las confianzas, de las expansiones de su alma? ¡Ay! no. Apenas si contados de entre nosotros lograron conocerle personalmente, siendo aún más escaso el número de los que tuvieron la dicha de llamarse sus amigos. ¿Qué lazo, pues, tan sagrado ha podido unirnos á Fortuny para congregarnos en este salon y, convirtiéndolo en templo, rendir culto á su memoria?

(*) Este trabajo fué leído con extraordinario aplauso por nuestro querido amigo el redactor de la REVISTA D. Santiago Casilari, presidente de la Asociacion de Escritores y Artistas de Málaga, en la solemne sesion verificada en los salones del Liceo de aquella ciudad para conmemorar el aniversario de la muerte del inspirado Mariano Fortuny. Para llevar á cabo esta oportuna demostracion en honra del malogrado artista, se pusieron de acuerdo la expresada Asociacion y los señores que forman la seccion de Bellas Artes del Liceo Malagueño, celebrándose el acto brillantemente y asistiendo una concurrencia tan numerosa como escogida.

Es, señores, que Fortuny era un talento superior, un genio que, merced al valor de sus creaciones, al mérito indispensable de sus obras, tan dignas de la pública alabanza, supo antes de morir posar su planta en el dintel del templo de la inmortalidad.

No hay blason más noble, no hay título más legítimo al respeto, al cariño, á la admiracion de los hombres!

Fortuny no era malagueño, pero era español: mas ¿qué supone cualquiera de estas circunstancias? Podrá ser un motivo más para nosotros bajo el punto de vista del orgullo nacional, del amor patrio, pero que en nada acrece ni amengua la importancia, el valor del genio. Para el genio no hay nacionalidades; para el genio no hay limitaciones ni fronteras geográficas; el genio es cosmopolita, no pertenece á determinada region ó pueblo dado; es universal y pertenece á la humanidad y á ella se debe, como el astro rey se debe á la naturaleza, que vivifica con su calor y con su luz.

Si el sol es el sostén, el regenerador, el alma del mundo físico, el genio en sus variadas y múltiples manifestaciones obra iguales efectos en el mundo moral y de la inteligencia. ¿Cómo ha de haber para el talento superior, para el genio, limitacion de lugares, cuando no hay para él medida ni distancia, y hasta el tiempo queda anulado ante su mágico poderío, ante su influencia avasalladora?

Las nebulosidades que envuelven á los tiempos prehistóricos no nos permiten penetrar en el modo de ser de la humanidad en su infancia.

El origen del hombre, así como sus miserias, penaliidades, trabajos y esfuerzos en el camino de la existencia, quedarán siendo un problema insoluble para la ciencia.

Las inteligencias superiores de algunos de los hombres primitivos nos son desconocidas; pero no es dado dudar de que relativamente en aquellos tiempos hubo de haber genios cuyos esfuerzos titánicos y prodigiosos trabajos llevaron á la humanidad al punto en que nos ha sido dado empezar á conocerla y estudiarla.

Pero desde el momento en que entre los hombres constituidos en sociedad se iniciaron las Bellas Artes, el dibujo primero, despues la arquitectura, la pintura y la escultura, y cito en

primer término el dibujo porque para mí el dibujo fué el primer medio de que el hombre se valió para la conservacion, reproduccion y trasmision del pensamiento; desde que se inventaron la escritura y el número, el hombre, puede así decirse, varió completamente de existencia.

Hasta aquel dia la muerte habia reinado en absoluto; la muerte era el olvido, la anulacion completa, la idea verdadera de la nada, que nada quedaba del sér racional sobre la tierra: la muerte, al destruir su organismo, al descomponer las combinaciones quimicas del gran laboratorio de la naturaleza, volviendo á los elementos los componentes que lo habian formado, habia tenido tambien el poder de sepultar en abismos insondables todas las manifestaciones, todas las obras del hombre.

Materia y espíritu desaparecian á la vez, como si fueran uno el continente miserable, frágil, deleznable del cuerpo, con el contenido sublime, nobilísimo, perdurable del espíritu.

Pero el espíritu, penetrado de la divinidad de su origen, ya que no podia desligarse de la materia que lo envolvía, y sabiendo que era ley ineludible que ésta en un tiempo dado habia de disolverse, quiso sustraerse á la accion destructora y asegurarse la inmortalidad, la eternidad relativa de sus obras, de sus creaciones, de esas aspiraciones y manifestaciones portentosas que han abierto y mostrado á la humanidad horizontes antes desconocidos, más vastos y espléndidos, que la incitan á ir hácia ellos, cada vez más ansiosa de alcanzarlos.

Quiero ser inmortal, el hombre dijo, y la inmortalidad fué para lo que el hombre tiene de noble, de grande; para su talento, para su genio y por las obras del genio y del talento para su nombre. Hace miles de años que hubo un Cleofonte, un Zeuzis, un Apeles; muchos miles tambien cuando vivian un Fidias, un Policleto, un Praxíteles; siglos sobre siglos se han amontonado desde que un Homero, un Hesiodo, un Sófocles, un Herodoto y otros cien varones ilustres empezaron á revelarnos con su genio los destinos reservados á la humanidad. La pesada y destructora mano del tiempo ha hecho desaparecer los imperios y las multitudes; pero no ha podido borrar esos nombres gloriosos. Y á medida que la ilustracion se extienda y la enseñanza se difunda, y el conocimiento de las

Bellas Artes se generalice, y la ciencia con su poder soberano invada y domine un mayor número de inteligencias, imposible será al tiempo desgastar siquiera los fuertes peldaños de la áurea escala forjada por el genio, para desde ellos exhibirse á la admiracion de todos los pueblos, sirviendo de noble estímulo á todas las edades.

Si en los primeros tiempos la cadena de las generaciones pudo verse rota perdiéndose para una posterior toda nocion de las precedentes, hoy, merced al genio, los eslabones de esa cadena, duros como el diamante, resistirán á todos los choques, á todos los cataclismos fisicos y morales, provengan de la naturaleza como de los hombres, y la historia de la humanidad y de los séres superiores que la han enaltecido, se perpetuará tanto cuanto el globo que nos lleva rueda con condiciones de vitalidad por las regiones de lo infinito.

Así como las revoluciones siderales, el curso y movimiento de los astros fueron el norte y guia que sirvió á los hombres primitivos para aventurarse en su lucha por la existencia en pos de lo desconocido con que la ancha tierra les brindaba, así los talentos superiores en la consecucion de los siglos han sido brillantes estrellas, faros refulgentes que han iluminado la marcha de la humanidad á través de las intrincadas, ásperas y espinosas sendas de la ignorancia y de toda clase de supersticiones y de fanatismos. Y para cumplir su mision jamás han tenido en cuenta las alabanzas ni las imprecaciones, las bendiciones ni los anatemas, ni han pensado si en su carrera hollarían sus piés los alfombrados pavimentos de los alcázares soberanos ó los helados y húmedos suelos de las prisiones, y si al final de su existencia verían su frente ceñida con el laurel del triunfo ó con la dolorosa corona del martirio.

Al contemplar esas figuras colosales que se destacan radiantes de luz del fondo oscuro del cuadro de las edades; al admirar sus cabezas, vivientes enciclopedias de todos los conocimientos humanos, archivos de la historia de todos los pueblos, de las tradiciones de los siglos, manantiales inagotables de nuevas ideas y verdades, fuentes de inspiracion y de poesía, tesoros de sabiduría más que ningunos otros preciados; al ver brotar de sus labios torrentes de elocuencia, que así promueven como calman tempestades, que con fuerza irresistible

sojuzgan los ánimos hasta esclavizarlos, si quier sea momentáneamente, que así excitan el entusiasmo como refrenan las pasiones más ardientes; al notar cómo cada día arrancan un nuevo secreto á la naturaleza, descubren tierras ignotas, penetran en regiones inaccesibles, someten á su poder y ponen á su servicio la fuerza de los elementos, burlan la acción destructora de los mismos ó atenúan sus efectos; al ver cómo se sumergen y registran las profundidades de los mares, y elevándose en la atmósfera, con mirada penetrante, más que la del águila, descubren en las ondas insondables de lo infinito la materia de millones de mundos de luz y los elementos de existencia en ellos; al examinar cómo profundizan los intrincados laberintos de reputados misterios, presentándolos como efectos de causas naturales; al admirar esas creaciones portentosas, debidas ora al pincel y á la paleta, trasladando al lienzo todos los primores de la naturaleza, todos los colores del iris, todos los matices de la aurora, todos los cambiantes de luz, los esplendores del día, las medias tintas de los crepúsculos, las densas sombras de la noche, ora al cincel y al martillo, transformando la dura y tosca piedra en Venus adorable, falta solo del soplo de vida para convertirse en la diosa mitológica de la voluptuosidad y del placer, y todos, por consiguiente, de una verdad arrebatadora por unir á la realidad del modelo la idealidad del genio, que es lo sublime en el arte; al oír, arrobada el alma, esos sonidos mágicos, esas notas maravillosas, esas suaves melodías, tantos encantos, en fin, con que el genio de la música y de la poesía logran hacernos olvidar por un momento el mundo en que vivimos trasportándonos al de las ilusiones y de los ensueños dulcísimos, al de las visiones beatíficas; al admirar, en suma, á esos grandes hombres de ayer y de hoy, siempre en busca de un nuevo derecho, de una verdad nueva, y á todos dedicando sus trabajos y sus vigilijs para tener una parte más activa en la más completa regeneración de la humanidad, no puedo ménos que preguntarme: ¿será posible que esos seres tan privilegiados, tan superiores á nosotros, de los que tanto distamos, deban esa superioridad solo á un capricho, á un juego de la naturaleza, al mayor desarrollo de su cerebro, al tamaño de sus lóbulos, á la saliente y grosor de sus circunvoluciones, á la mayor ó menor cantidad de la

sustancia gris ó de la sustancia blanca, acaso á algunos miligramos más ó ménos de fósforo? No, imposible. El papel que representan en los destinos de la humanidad, la influencia que ejercen en ella, poderosa lo bastante para conmover las sociedades en sus cimientos, para transformarlas, obedece á una causa suprema. Vienen al mundo á cumplir una mision providencial, y al efecto han sido dotados más espléndidamente de la esencia del espíritu eterno, por más que en el órden admirable establecido por Dios para todas sus creaciones haya hecho necesaria para las manifestaciones más portentosas del espíritu humano una disposicion especial del organismo.

No de otro modo puede comprenderse que tan escaso sea, relativamente al número de los séres que han poblado la tierra, el de los hombres que han merecido ser calificados de grandes. No: los que han dado su nombre á los siglos en que han vivido, los guias, los conductores, los maestros de la humanidad; los que la han ido sacando de la abyeccion de la esclavitud, destruyendo bárbaras preocupaciones y fanatismos crueles, cegando cada dia más el abismo de la ignorancia; los que despertando la conciencia y elevando la razon humana hácia el sólio do se asienta el eterno poseedor de toda verdad, de toda ciencia, de toda sabiduría, han hecho surgir esas aspiraciones infinitas hácia el bien, hácia la mejora gradual de todas las clases, hácia los eternos, aunque por desgracia siempre menoscabados, cuando no olvidados principios de justicia, de libertad, de fraternidad; los que han sabido atenuar los dolores de la existencia, dar paz al espíritu, pasto al entendimiento, recreo á los sentidos, todos esos hombres, repito, han sido iluminados con un rayo de luz divina, y destello su inteligencia de la inteligencia creatriz suprema, al separarse de nosotros para penetrar en el mundo de los inmortales dejan en pos la estela luminosa que marca nuevos y más seguros derroteros á los que surcan el proceloso océano de la vida.

¡Oh, vosotros, ilustres varones de los pasados y de los modernos tiempos, de todos los pueblos y de todas las creencias! ¡Vosotros, filósofos, legisladores, naturalistas, astrónomos, historiadores, artistas, todos los que habeis sido poseedores y dispensadores de las ciencias y de los conocimientos; si vuestras almas habitan en esferas de luz más pura y clara, de santa

paz y de divinas armonías, y os es dado desde ella contemplarnos, regocijaos en vuestra obra civilizadora y humanitaria! Benditos sean vuestros trabajos, vuestros dolores, vuestros martirios, pues á ellos debe la humanidad su mejoramiento é incesante progreso en la via de la perfeccion posible que le sea dado alcanzar.

Fortuny era uno de esos predilectos, de esos escogidos que componen la poderosa falange de los inmortales. Su nombre pasará tambien á la posteridad, por más que su gloria se haya visto cercenada por lo breve de su existencia. ¡Diez años más de vida, y el mundo civilizado se hubiera visto lleno de las portentosas creaciones de su genio, de las obras de su fecunda fantasía!

Así y todo, su nombre hará época en la historia del arte pictórico, porque su pincel y paleta, esa paleta que otro pintor de gran talento, el ilustre Morelli, recogió religiosamente depositándola en el Musco de Nápoles, han producido en manos de Fortuny portentos de belleza y de colorido, torrentes de luz y de armonía.

Quédese para los hombres versados en el arte de la pintura analizar las obras del ilustre Fortuny, exhibir todas sus bellezas, todas sus perfecciones, con la suma de conocimientos que empresa tal requiere. Yo solo diré, que dotado en el más alto grado del sentimiento de lo bello, que nacido con alma y con cabeza de artista, y siendo maestro en el dibujo, el arte no podía tener para él secretos que no descubriese, dificultades que no pudiera arrollar y vencer. Poseyendo todos los géneros, dominándolos, á la altura de los más célebres pintores en diferentes de aquellos, y sin rival en otros, como en las acuarelas, Fortuny con su envidiable talento logró hacerse propicia la fortuna, y lo que es más, alcanzó lo que á tan pocos le ha sido dado: no tener envidiosos y sí amigos y admiradores sinceros entre los artistas de más valía.

¡Privilegio del genio ante el cual las malas pasiones se ocultan avergonzadas, á la vez que las más nobles del ser humano se muestran solícitas en ponerse á su servicio!

¿Que más podré deciros? ¿Qué mayor justificacion al acto que consumamos? Al honrar al genio, honramos á la humanidad y rendimos á Dios el más grato de los cultos.

¡Artistas! Que el nombre de Fortuny, cuya temprana muerte lamentan todos los amantes de las Bellas Artes, que el nombre de todos los varones ilustres que han sabido enaltecerlas y sublimarlas queden impresos en vuestra mente con caracteres indelebles. Imitad su ejemplo, inspiraos en sus obras, y libres de la baja envidia que hiela el entusiasmo, pero llenos de la noble emulacion que lo estimula y enardece, trabajad sin descanso á fin de dejar tras de vosotros un nombre ilustrado por los productos de vuestro talento, de vuestra inspiracion.

No olvidemos tampoco que si mucho vale el genio y mucho se merece, no hay nadie que pueda aquilatar lo que vale la gratitud, el reconocimiento de la humanidad.

S. CASILARI.

JUDIT

A la indomable diestra sucumbia
de Olofernes Betulia consternada,
y ante la imágen de Jehová postrada
así la hebrea con fervor decia:

«Dios que dominas la region vacia
de rutilantes mundos coronada,
tú, á cuya voz el universo es nada,
aliento presta á la venganza mia.»

Era Judit: su corazon enciende
el patriotismo con anhelo santo;
y cuando el sueño crapuloso vende
al jefe asirio, de Israel espanto,
el corvo alfange con audacia vibra,
hiéndele el cuello y á Betulia libra.

ANGEL MESTRE,

ORGANIZACION MILITAR

(Continuacion.)

CAPITULO IV

Dificultades de la aplicacion práctica

Más objeciones tendríamos que hacer á las ideas recientemente vertidas por nuestro amigo Vidart; pero por el momento renunciamos á ello, porque las más versan sobre puntos de menor interés (excepcion hecha de la que desenvolveremos en el capítulo siguiente) y las otras responden al espíritu general de sus apreciaciones históricas, acerca de lo que fué para España la Edad Media y de lo que ha sido el Renacimiento. Espíritu con el que no podemos hallarnos conformes, si bien reconociendo y confesando ser el vulgarmente aceptado por escritores distinguidos y hasta de avanzadas ideas. Espíritu que campea en los trabajos literarios de cuantos no han podido emanciparse aún completamente de la tiranía que viene influyendo durante tres siglos en la redaccion de las principales obras históricas de nuestra patria.

El derecho político se estudia en las universidades, segun la historia de Leon y Castilla. De aquí el general desconocimiento filosófico de los gloriosos anales de Navarra, Aragon, Cataluña y Valencia, es decir, de media España, y de aquí tambien el torcido criterio con que se aprecian las más importantes cuestiones bajo el punto de vista tradicional de nuestra patria.

Pero si penetrásemos en este terreno iríamos demasiado lejos, más de lo que permite la índole especial de este escrito, que ya va creciendo demasiado debajo de la pluma. Limitémonos, pues, á indicar que muchos acontecimientos del si-

glo xvi, y hasta del xvii, considerados como un progreso para Castilla, representan un retroceso visible respecto á los antiguos reinos pirenaicos y libre condado de Barcelona. Así hemos procurado demostrarlo en la *Reseña histórica y análisis comparativo de las Constituciones forales de Navarra, Aragon, Cataluña y Valencia*, que publicamos en 1875.

Por lo demás, estamos completamente conformes en la tendencia patriótica del Sr. Vidart á constituir un ejército nacional dotado de las más sobresalientes cualidades posibles de instruccion, organizacion y número; podremos diferir en alguno de los medios de llevarla á cabo, pero desgraciadamente ni su pensamiento, ni el nuestro, ni el de nadie que prepare en su imaginacion planes muy detallados, tendrá aplicacion exacta en la práctica.

Grandes son los sacrificios que suelen exigir las circunstancias y no haremos poco sorteándolas, como el experto timonel evita á la nave que dirige el choque directo de las gruesas olas, volviendo en seguida á enderezar su rumbo.

No estriba solo el triunfo de una idea en que ésta sea buena. Es necesario que sea oportuna, realizable en determinada situacion.

Los gobiernos que acometen la empresa de reformar la organizacion militar de su patria pueden hallarse en condiciones muy diversas. Pueden venir ejerciendo el mando tranquilamente durante largo periodo y regir una nacion en estado normal, ó hallarse en circunstancias violentas é irregulares.

Cada uno de estos supuestos ofrece sus inconvenientes y sus ventajas.

Los gobiernos de las circunstancias pacíficas y normales poseen medios más adecuados para introducir reformas gradualmente, ganando en ello el orden y alejándose el peligro de que se interrumpan algunos servicios produciendo funestos trastornos; pero en cambio los segundos pueden luchar más desembarazadamente contra la rutina y desarraigar de un golpe inveterados abusos.

Así los unos como los otros tienen que llenar la primera necesidad, el primer deber de derecho natural dictado por el espíritu de conservacion; tienen que vivir y defenderse forzosamente y con elementos propios; ¡qué poco ha durado nunca

su existencia entregándose en manos de sus adversarios confiando en su lealtad política!

De aquí la precision de conservar ó de crear fuerzas regulares, irregulares ó mixtas, en condiciones poco armónicas á veces con las que para la fuerza pública se apetecen; de aquí la infinita variedad de casos y de medidas que han de transformar lo que se tiene, y no puede ménos de tenerse, en lo que se desea.

Uno de los ejemplos históricos de organizaciones militares repentinas en grande escala, felizmente llevadas á cabo, coronadas con los laureles de la victoria y con la gloria de haber conquistado la independencia de su patria en lucha con una nacion tan poderosa como Inglaterra, nos ofrecen los Estados-Unidos.

Permítasenos mencionar siquiera el reglamento hecho por el Congreso general en 16 de Setiembre de 1777 para levantar 88 batallones de á 778 hombres, suministrados por cada Estado de la federacion en la proporcion siguiente:

Provincias.	Número de batallones.
Nueva Hampshire.....	3
Massachusset.....	15
Rode-Island.....	2
Conneticut.....	8
Nueva-Yorek.....	4
Nueva-Jersey.....	4
Pensilvania.....	12
Los condados de las riberas del Delaware..	1
Maryland.....	8
Virginia.....	15
Carolina septentrional.....	9
Carolina meridional.....	6
Georgia.....	1
	88

Cada Estado particular cubria los empleos vacantes de oficiales, excepto los de oficiales generales, y pagaba las tropas que le correspondia. Si bien el Congreso general era el que daba las patentes de los empleos y ofrecia otras recompensas materiales á todos los combatientes para cuando terminase la guerra.

Este ejército se formó de hombres absolutamente libres, pro-

fesando muchos de ellos ideas hasta extravagantes de sus derechos personales, eran suministrados por trece legislaturas inconexas, habia animosidades entre las tropas del Sur y las del Norte, y existian fuertes celos entre los Estados de donde respectivamente procedian.

Este ejército venció.

Lejos nos hallamos de aducir semejante ejemplo para defender las organizaciones repentinas impuestas por la necesidad como un sistema.

¿Quién ha de negar la inmensa ventaja de los estudios previos y, en cuanto posible sea, detallados?

¡Seria condenar nuestras propias tareas!

Creemos firmemente que cuanto más perfectos sean los trabajos preparados en la meditacion y en el silencio de los períodos de espera que existen en la vida política de todo hombre digno, tanto mayor es la garantía de su acierto, cuando llegue el caso de aplicarlos, con las modificaciones que siempre habrá de exigir la realidad práctica, segun las circunstancias.

El hacendista, el jurisconsulto, el militar, etc., dedicados á estudios trascendentales, deben tener redactados en la soledad de su gabinete, modificándolos con un estudio constante, sus planes, códigos y principales reglamentos, no bajo un solo supuesto, sino en vista de diferentes condiciones reales, entre las que probablemente puedan ofrecer los acontecimientos, dificultando á facilitando más ó ménos el planteamiento y desarrollo de su idea fundamental.

Pero no debe enamorarse nunca de sus concepciones, sino hallarse siempre dispuesto á perfeccionar sus obras, á trasformarlas, á aplazarlas y hasta á sacrificarlas.

¡Cuánta sangre, cuántas derrotas, paciencia y disimulo no necesitó Prusia para echar los cimientos de su celebrada organizacion militar!

Vencidas Rusia y Prusia por Napoleon en 1807 y negociada la paz de Tilsit, pasó la segunda por la humillacion del tratado de 8 de Setiembre de 1808, que, entre otras condiciones afflictivas, la prohibia tener sobre las armas durante diez años un ejército superior á 42.000 hombres.

De aquí la organizacion de landwehr.

Federico Guillermo, que no era personalmente inclinado á reformas radicales, las adoptó, sin embargo, en los años de desgracia sobre todos los ramos de gobierno, y respecto al ejército estableció que pasasen sucesivamente por cuadros reducidos cuantos hombres le fué posible. Así no figuraban bajo sus banderas más soldados de los permitidos por las estipulaciones, y esto no obstante pudo presentar súbitamente en línea 150.000 combatientes al romperse las hostilidades en 1813.

La Francia, que hoy se agita bajo el gobierno de la república, para sacar provechoso partido de las dolorosas experiencias del imperio, ¿cuánto no ha tardado en abordar de lleno la cuestion de reorganizar su ejército bajo la base del servicio general obligatorio?

Las Memorias, las excitaciones constantes del coronel baron Stofel, agregado á la embajada de Francia en Prusia, fueron desatendidas y calificadas de sueños de visionario por los gobiernos del imperio, relegando sus preciosos escritos á los archivos del ministerio de la Guerra con notas marginales, hasta sarcásticas, dictadas por la petulancia que suele caracterizar á los ignorantes é incapaces cuando ejercen la autoridad y el mando.

Pero la responsabilidad no fué toda del gobierno. Tambien le cupo su parte, y no escasa, al pueblo francés, como lo prueba la mala acogida que dispensó á la ley de reemplazo de 1868; ley incompleta y defectuosa, *media-medida* si se quiere, pero que establecia la guardia móvil y señalaba una tendencia buena que no fué secundada por el país.

Oigamos sobre este importantísimo extremo al *Spectateur Militaire* de 1871:

«En cuanto al país, solo comprendió una cosa: la alteracion de su reposo. El servicio en la móvil constituia un atentado contra sus costumbres más queridas, y por esta vez se agitó seriamente. Es lo cierto que habiendo perdido el gusto de discutir sus propios asuntos, confiando en un poder que le aseguraba el orden y á quien no pedia nada más, perfectamente convencido, bajo la palabra de Mr. Rouher, de que el engrandecimiento de la Prusia y la formacion de la Alemania en tres trozos constituian un hecho de los más ventajosos,

»no podia comprender que se la pidiese un concurso más activo para el servicio militar. Sus recriminaciones, aprovechadas por los diputados de oposicion contra el proyecto, conmovieron la dinastía. Desde entonces la ley no recibió más que un principio de ejecucion. La Francia continuó, pues, con un sistema militar que no estaba ya en vigor, con una ley nueva insuficiente, un poder que no se atrevia á exigir, una oposicion enemiga del ejército y una poblacion que preferia al manejo del fusil los placeres enervantes de las ciudades ó el reposo tranquilo de los campos. Por un lado señales de decadencia: la carrera de las armas cae en descrédito; las mentiras oficiales se aceptan con alegría; no se aspira más que á las dulzuras y placeres de la vida. Por otro señales de confusion y de ignorancia: la dinastía, que no piensa más que en ella misma, hace un proyecto de defensa nacional, y la oposicion, que lucha por el bien público, combate este proyecto y contribuye á debilitar el ejército, cuya reorganizacion era la más urgente de las necesidades.

»Sin embargo, el libro del general Trochu, las proposiciones públicas de su talento ilustrado y sincero, arrostrando el enojo del imperio por instruir á sus conciudadanos sobre los peligros de la situacion, los estudios y publicaciones de algunos oficiales, principalmente de estado mayor y de artillería, los trabajos del depósito de la Guerra, las peticiones de reformas militares, las numerosas reseñas de la organizacion del ejército aleman, todo esto vió la luz pública desde 1867 á 1870. Pero todos los oidos estaban sordos á estos clamores de un patriotismo alarmado. *La mayoría del país no aspiraba más que á la tranquilidad*, y la oposicion, desprovista del sentido político que proporciona el estudio profundo de la historia y de los acontecimientos contemporáneos, se limitaba á un papel seguramente noble y generoso, la reivindicacion de las libertades públicas, obstinándose en no ver en el ejército más que un instrumento de despotismo, y *no comprendiendo que habia llegado el instante de hacer de él una institucion fuerte y nacional.*»

¡Caras costaron, no solo al imperio, sino á la Francia, que fué lo peor, la incapacidad de arriba y la indolencia y preveniciones de abajo!

Pues bien: la Francia, por una súbita efervescencia, arrojó al imperio, se defendió desventajosa y desgraciadamente y empezó su reconstitucion bajo la bandera republicana. Trató enseguida de reparar sus errores, tan dolorosamente demostrados por la experiencia, poniendo mano á la reorganizacion de su fuerza pública.

Han pasado siete años desde que la Francia abrió los ojos y maldijo las causas de sus desdichas, y todavía, segun datos de Agosto último, el general Berthant, organizador del ejército territorial y elevado al primer puesto militar de la nacion por sus estudios especiales en la materia, acaba de declarar con franqueza que el ejército territorial, tercera reserva, no podrá concluir de organizarse ni en dos años, primero, porque no hay créditos en el presupuesto; segundo, porque de *quince mil oficiales* que deben nombrarse, apenas llegan á 5.000 los que habia podido escoger; tercero, porque antes se debe organizar el ejército activo, y aún faltaban para ello nuevas leyes de estado mayor, administracion militar, ascensos, etc.

A propósito: creemos que la Francia no sigue el mejor camino en la reorganizacion de su ejército. Creemos que la idea de *revancha* informa todos sus procedimientos. De aquí su tendencia conocida á formar un ejército *de conquista* más bien que un ejército *de defensa*. Si la Francia trabaja por el *desquite*, y en consecuencia *para la guerra*, mal podrá ofrecernos el modelo de una institucion que nosotros queremos para garantizar *la paz* de los pueblos.

Se ha hablado y escrito mucho sobre la facilidad de organizar y reorganizar ejércitos. La empresa es más árdua de lo que á primera vista parece, y no vacilamos en declararla imposible con ventaja del país y llenando las condiciones apetecibles, segun las varias circunstancias que puede presentar la realidad práctica, si no se tiene muy estudiada de antemano la cuestion en su conjunto y en cuantos detalles sea posible, dadas las dificultades prácticas indicadas que existen ahora, existirán y han existido siempre.

Felipe V, monarca absoluto, con todo su poder ilimitado, y á quien la historia califica de organizador militar por excelencia, confiesa paladinamente en una real cédula de Febrero de 1704 que hemos visto en el archivo del Consejo Supremo

de la Guerra, lo mucho que le costó el simple restablecimiento de las milicias provinciales. Empieza así el documento: «El »Rey.—Hallándome enterado de las *dificultades y reparos* que se »ofrecen en el restablecimiento de las milicias de estos reinos, »y reconociendo ser *cada día mayores*, y que *embarazan el tiempo sin lograrse el fin que se solicita*, y tanto conviene para la »seguridad de ellos...» etc.

Recomendamos los anteriores ejemplos antiguos y modernos á la meditacion de proyectistas y planeadores, y á cuantos se figuran que está dicho todo pronunciando las palabras «Organizacion del ejército nacional bajo la base de servicio general obligatorio,» y hasta se figuran quizá que pueden llevar á cabo la trasformacion de la fuerza pública en un decreto.

De lo expuesto se desprende que las discusiones sobre si las reservas ó milicias deben ser voluntarias ó forzosas, como cuestion de aplicacion práctica en las situaciones anormales, son completamente ociosas, cuando no inoportunas, y debe prescindirse de ellas: al contrario, cuando el país disfruta tranquila calma, cuando se halla en circunstancias pacíficas, regulares y ordenadas, este asunto debe ser objeto de muy detenido estudio y discusion en la prensa y en las Cámaras.

Entonces y solo entonces es cuando debe consultarse el espíritu público y las mil condiciones particulares del país para optar por uno ú otro sistema, pudiendo ocurrir que el mejor en tésis general no sea el más conveniente en determinado caso especial.

Por eso entonces y solo entonces nos permitiríamos preguntar á los adversarios del servicio general obligatorio: «¿Y »cuando no haya voluntarios suficientes, como hoy, ni para la »guardia civil? ¿Y cuando la patria reclame refuerzos y las »provincias no los tengan, ó los tengan insuficientes, etc.?»

Nosotros, entusiastas propagadores de la idea, ya tan generalizada, del servicio general obligatorio; nosotros, que somos de los primeros en haberla proclamado, examinariamos con buena fé las razones que de buena fé se nos diesen, y como el servicio obligatorio no le defendemos en el concepto de *fin*, sino de *medio*, veriamos si nuestra idea fundamental podia cumplirse en aquel caso determinado con el servicio volunta-

rio; veriamos si se nos probaba con datos que hoy no pueden depurarse, que, gracias á ciertos recursos de gobierno, á la popularizacion de la instruccion militar, al patriotismo general y á bien combinados estímulos directos é indirectos, podia esperarse la formacion de reservas ó milicias voluntarias en condiciones de ocurrir á la defensa del territorio y conservacion del orden público; y si así sucediese, ¿por qué no hacer la prueba? ¿Cuánto más honroso seria para una nacion, qué magnífico ejemplo no presentaria al mundo, cuánto no hablaria á favor del conjunto de sus instituciones patrias el hecho sublime de que la carga más pesada, el servicio más rudo, la contribucion forzosa de sangre, que en otros países con tanta repugnancia se paga, no fuese necesario imponerla porque la libre voluntad de los ciudadanos la suplia?

Además, al ocuparnos de la organizacion que la Francia prepara y desarrolla para su ejército ya dijimos que, á nuestro juicio, está desvirtuando la buena esencia del armamento general, puesto que no se dispone tanto á procurar la defensa como á preparar el ataque, y ahora añadiremos que esa misma organizacion, tal como Prusia y Francia la entienden y la aplican, encierra peligros grandes para sus instituciones.

El tiempo por testigo.

Entre nuestro sistema, desarrollado, no con el espíritu civilizador, patriótico y sensato de neutralidad, libertad é independencia que distingue á Suiza, sino inspirado en propósitos de venganza, conquista, predominio y devastacion que animan á otras naciones, y un ejército y reservas voluntarias, en número y con las condiciones y garantías que nos permitieran establecer, nuestra eleccion no seria dudosa.

En cuanto á la heterogeneidad de organizacion, etc., es bien sencillo de evitar y no merece la pena de tratarse siquiera este detalle. Claro está que en armamento, equipo, táctica, etc., como en organizacion, las reservas deberian ser un trasunto del pequeño ejército, con quien habrian de sumarse cuando la patria lo exigiera.

Consideremos tambien que, sin una injusticia patente que solo el manoseado *salus populi* puede disculpar, no parece equitativo compeler al servicio de las armas á los que ya han pagado esta deuda á su país, segun la legislacion vigente,

cuando se les llamó, es decir, á los que han obtenido ya su licencia absoluta; siendo igualmente duro obligar á los que una y otra vez *han metido la mano en el cántaro y la suerte les ha declarado libres*. Suerte que funcionaba, al hacer esta declaracion de libertad, por ministerio de la ley.

En consecuencia, suponiendo adoptado el servicio obligatorio para que llegue á plantearse por completo el armamento nacional, es necesario que se vayan presentando sucesivamente en el teatro de la vida las capas de poblacion. Si se fija la edad de veinte años para ingresar en la fuerza pública, si ésta ha de constituirse por medio de clases en diferentes grados de disponibilidad hasta los treinta y cinco años, por ejemplo, han de trascurrir quince hasta que pueda decirse que se ha planteado el sistema en todas sus partes.

¡No hay escape!

¿Cómo subvenir, durante tan largo plazo, á las necesidades del servicio militar, á la defensa del país y al mantenimiento del orden.

¡Muy sencillo!

En primer lugar, no hay que asustarse con esa cifra de quince años, porque es evidente que las últimas clases ó reservas no son las de organizacion más apremiante; y en segundo, sea cual fuere el estado del país donde se verifique la reforma, hállese en periodo de completa tranquilidad ó en circunstancias anormales, tiene en ambos casos el remedio natural bien indicado.

En el primer supuesto, un gobierno bien establecido mantiene sin dificultad los métodos antiguos, modificándolos gradualmente de modo que no se encuentre nunca el país desarreado. En el segundo, la misma anomalía es indicio seguro de una efervescencia pública que garantiza á un gobierno simpático al país una inmensa masa de ciudadanos de todas edades dispuestos á tomar voluntaria y hasta gratuitamente las armas para constituir las reservas ó milicias, mientras llega la oportunidad de legislar con tranquilidad y detenimiento acerca de la definitiva reorganización total de la fuerza pública.

Esto es lo práctico; discurremos sobre la realidad y nuestras tareas podrán ser útiles.

¡Basta de utopías y de planes descabellados, cambiando los

nombres y dejando en pié la esencia de las cosas! ¡Basta de buscar ficciones, que podrán alucinar á los poco reflexivos ó nada competentes con la galanura de la frase ó el artificio del argumento, pero que llevadas al terreno de la aplicacion no engañan á nadie!

Esta no es materia de juego, sino muy seria; y en ella los más nobles y generosos propósitos si carecen de sentido práctico pueden costar estériles torrentes de sangre y lágrimas á los desdichados pueblos.

SERAFIN OLAVE.

(Continuará.)

DESCONSUELO

¿Qué es nuestra vida?
Un mar sin playas.
Nuestra esperanza,
Sueños sin fin.
Bajo la losa
Del cementerio,
Se halla el secreto
Del porvenir.

LUIS VIDART.

ARQUEOLOGÍA

LAS LÁMPARAS SEPULCRALES

II.

Los romanos, que siguieron en la mayor parte de sus costumbres á sus maestros los griegos, copiaron casi todos los usos que llevamos descritos sobre los funerales.

En los primeros tiempos de Roma se daba sepultura á los cadáveres, y en los más florecientes de la República es cuando empezó la costumbre de quemarlos por Sila, de la familia Cornelia. Luego que el enfermo habia espirado le quitaban las sortijas que tenia en los dedos, pero dejándole una, ó poniéndosela si por su condicion no las habia llevado en vida. El pariente más próximo tambien le cerraba los ojos y la boca, y cuando era colocado sobre la pira se los volvía á abrir. Una vez cerrados los ojos le llamaban por su nombre varias veces, dejando un intervalo de una á otra, repitiendo *adios, adios, y* para expresar que el difunto acababa de espirar decian *que aún no se le habia llamado*.

Esclavos dependientes de las personas que tenian la empresa, como hoy llamamos, de efectos funerarios y la administracion del templo de *Venus lileitina*, en donde vendian todo lo necesario para los funerales y donde se llevaba un registro de las defunciones, eran los encargados de lavar y perfumar á los cadáveres (1). Amortajaban el muerto con la ropa mejor que

(1) Tit. Liv. XLI, 21.

tenía, pero por lo general era la mortaja una túnica blanca, á excepcion de los magistrados que le ponian la *pretesta*. Colocado en un lecho sembrado de flores y hojas en el vestíbulo de la casa empezaban los lamentos. Tambien le ponian en la boca una moneda llamada *Triens* (1) para que con ella pagase el pasaje á Caron. A la puerta de la casa del difunto ponian una rama de ciprés con el objeto de advertir al Pontífice máximo que no pasase por aquel sitio, porque, como ya sabemos, los sacerdotes no debian ni mirar ni tocar á los muertos.

En tiempo de los emperadores era casi general la costumbre de quemar los cadáveres, hasta la aparicion del cristianismo, que la hizo abandonar poco á poco, quedando abolida á fin del siglo iv.

Las *exequias*, ó entierro, que es lo que quiere decir esta palabra, eran de dos clases: públicas ó privadas.

El público era nombrado así porque habia la costumbre de invitar á los convidados por medio de pregon, siendo el más ostentoso en esta clase el que se llamaba de *ensor*, siendo á costa pública los entierros de los militares.

El entierro de los jóvenes y niños se verificaba con ceremonias más breves y con ménos aparato, llevando á la hoguera las mismas madres á sus hijos cuando fallecian estando en la lactancia. El orden con que aparecia el entierro era: delante el *maestro ceremonias*, presidiendo á los *lictors* vestidos de negro, que lo ordenaba é indicaba la carrera; despues varios músicos trompeteros; luego seguian las *plañideras*, cuya obligacion retribuida era llorar y cantar himnos fúnebres en elogio del difunto, con acompañamiento de flauta; á continuacion de los músicos venian los *cómicos* y *bufones* cantando y danzando, representando al difunto el principal de ellos, remedándole hasta en el modo de hablar; á los cómicos seguian los *libertos* del difunto con los sombreros puestos, por lo que habia personas que por vanidad daban libertad á todos sus esclavos á fin de que en el entierro apareciesen gran número de ellos. Precediendo al cadáver iban las imágenes del muerto y de sus abuelos, sujetas á unas largas varas ó en cuadros con los vestidos que lle-

(1) *Triens*, moneda de cobre que pesaba cuatro onzas y valia un tercio de As. La marcaban con cuatro puntos ó globos para indicar el valor. El tipo es una proa de nave.

vaban en vida, y además, si el difunto habia alcanzado en la guerra alguna victoria, llevaban tambien las coronas obtenidas.

En los entierros de los grandes personajes de Roma iban los *victores* con los haces hácia abajo, y las tropas con las puntas de las lanzas hácia el suelo, ó bien sin armas.

Los parientes más próximos del difunto se rasgaban los vestidos y se cubrian el cabello con polvo.

Las personas de distincion las pasaban por el *foro*, parándose allí, y uno de los hijos, ó bien alguno de sus parientes ó amigos, subia á la *rostra* (tribuna) y pronunciaba su panegirico. Tambien desempeñaba esta obligacion un magistrado que era nombrado por el Senado en los funerales de algun personaje.

Luego era llevado el cadáver al sitio en que estaba construida la pira, que, como ya hemos indicado, era hecha en forma de altar, siendo más ó ménos elevada segun la categoría de las personas, verificando las mismas ceremonias que los griegos para consumir la combustion.

En el funeral de un general ó de un emperador la tropa desfilara tres veces alrededor de la pira, dando golpes unas armas con otras al son de las trompetas.

Recogidas las cenizas del cadáver eran colocadas en una urna, la que era depositada en el *cinerarium*, colocando tambien algunas pequeñas ampollas ó botellitas de vidrio ó barro con perfumes, á las que se han llamado *lacrimatorios* por creer que se habian recogido en ellas las lágrimas derramadas por los parientes ó amigos del difunto, y tambien colocaban una lámpara de luz inestinguible.

Estas lámparas ó lucernas sepulcrales no se extinguian porque, segun opinion de algunos, el aceite que las alimentaba no se podia consumir y la mecha era incombustible. En el pontificado de Paulo III se encontró en Italia una de ellas en el sepulcro de Julia, hija de Ciceron, la que tenia de antigüedad 1550 años.

Solino dice haberse encontrado en otro sepulcro una bujía que estaba en combustion hacia quince siglos, la que se redujo á polvo en el momento de tocarla.

Opiniones encontradas se hallan en los diferentes autores sobre estas maravillosas lámparas, sosteniendo ya la falsedad

de su existencia, como lo afirma Octavio Ferrari, ya la veracidad de ellas y sus prodigios, como lo opinan Boxhom, Saübert, Guthier, Argol, Panvinio y otros. Pedro Santo-Bartoli formó una coleccion de grabados que representan infinidad de ellas, ilustrada con observaciones curiosísimas por Juan Pedro Bellori.

En el palacio episcopal de Salerno se encontró la siguiente inscripcion que viene á afirmar esta opinion:

HAVE. SEPTIMA. SIT. TIBI
TERRA. LEVIS. QVISQ
HVIC. TVMVLO. POSVIT
ARDENTEM. LVCERNAM
ILLIVS. CINERES. AVREA
TERRA TEGAT.

El abad Tritemio trató de demostrar que el líquido que en ellas se empleaba era aceite combinado con flor de azúfre, borax y espíritu de vino. Las mechas perpétuas queria que fuesen hechas de amianto y aun de oro preparado de cierto modo por medio de cierta operacion química.

Pero la buena critica y las deducciones científicas que pueden hacerse es que la materia depositada en ellos era fosfórica, y que la luz que despedia era producto de una argamasa petrificada y luminosa en la oscuridad.

En tiempo de Enrique II de Francia, el famoso médico Fernel compuso una piedra fosfórica, objeto en aquella época de los experimentos y admiracion de los naturalistas y cuyo secreto no se conoce hoy.

Tal vez en los descubrimientos hechos en Italia por aquel tiempo de antigüedades de todo género proporcionaron á Fernel el medio de apoderarse del secreto que le proporcionó la elaboracion de su famosa piedra fosfórica. Un feliz é inesperado descubrimiento en nuestra famosa Andalucia (1) ha po-

(1) El 16 del mes de Agosto de 1833, un muchacho de la labor del cortijo de las Vírgenes, término de Baena, provincia de Córdoba, entretenido en buscar grillos en las hendiduras de los restos de ruinas romanas que pueblan aquellas cercanias, pertenecientes al municipio *Castrum Priscum* (Castro el Viejo), hubo de meter el brazo en una de las cavidades sin que tocase el fondo, y habiendo socavado sin lograr ver el fin, sino el obtener un agujero que parecia dar á una bóveda: alarmado con tal incidente, que juzgó como principio de poder hallar un escond-

dido prestar gran luz en la veracidad de la existencia de estas lámparas; y si la ignorancia y avidez de encontrar tesoros en cualquier rincón ignorado no hubiesen destruido la encontrada en el panteón de la familia Pompeya, la química con sus adelantos modernos hubiera arrancado el secreto que con tanta avidez nos tienen oculto los siglos que nos separan de la destruida Roma.

Después de enterrados los restos del cadáver, un sacerdote purificaba con tres aspersiones de agua pura á los asistentes con una rama de olivo, y entonces una plañidera decia en alta

dido tesoro, marchó al cortijo y notició al aperador su hallazgo. Éste, creyendo como el muchacho que la suerte les brindaba una fortuna, marchó con algunos trabajadores al sitio, haciendo remover todas las dificultades del terreno hasta abrir una brecha suficiente á dar paso á una persona, por la cual fué introducido el muchacho sujeto por una cuerda. Con muy corto descenso tocó con los pies al suelo, quedando sorprendido de encontrarse en una habitacion cuadrilonga de poco más de 3 1/2 varas de largo por 2 1/3 de ancho con 3 varas de altura. Una luz amarillenta se desprendía de una lámpara de vidrio embebida en una funda de plomo que se hallaba colocada en un ángulo de este aposento, y con cuya luz se dejaban ver catorce urnas cinerarias de diferentes tamaños y formas, colocadas sobre un zócalo de piedra que alrededor del muro de la estancia se elevaba como pié y medio del pavimento. Estas urnas eran de piedra blanca cipria, cerradas herméticamente, y contenian cada una los restos calcinados de un individuo de la familia Pompeya.

En medio de las urnas habia dos vasos *lacrimatorios*, dos *cinericios* de barro duro, dos *capendulas* de vidrio, dos *ullas* ú ollas y un *búcaro* de mediano tamaño, de gran finura y adornado de labores, representando guirnaldas de vid, ápio y otras plantas de las consagradas á los dioses.

Transmitida con admiracion por el muchacho la descripcion de cuanto veia á los de arriba, se confirmaron en la sospecha de haber hallado un tesoro, é hicieron que el mozueto les fuese dando las urnas, las que vaciaron con codiciosa avidez de sacar el oro que debian contener; mas solo lograron revolver las cenizas *restos* que contenian y encontrar en ellas algunas *ampollas* de vidrio, *posos* de esencia, una *espátula* de marfil y un botecillo de vidrio azul de forma muy elegante.

No satisfechos, procuraron hacer mayor la abertura para bajar todos y registrar por sí mismos la habitacion, pero solo lograron que los escombros cayesen sobre la lámpara y la rompiesen soterrándola hasta la mitad de su altura; trataron de sacarla, y como encontraron resistencia emplearon las hazadas consiguiendo su intento; pero como es de suponer, con la destruccion de tan interesante monumento el licor que contenia se derramó, saltando en pedazos el vaso de vidrio que lo contenia y arrebatando á la química moderna poder hallar el secreto codiciado. Con la impresion del aire atmosférico quedó petrificado el liquido en las paredes de vidrio, presentando una capa sutil de lineamentos y figuras caprichosas de los colores del iris. Una gran parte de la lámpara quedó entera y el resto en fragmentos de diversos tamaños, de los cuales hemos tenido el placer de examinar uno por la amabilidad de su poseedor el doctor D. Miguel Uriarte, á quien tambien debemos muchas noticias sobre este hallazgo que adquirió en sus excursiones al mencionado cortijo, y tambien nos ha proporcionado el artículo sobre este descubrimiento, escrito á raíz del suceso por el malogrado arqueólogo D. Manuel de la Corte y Ruano, publicado en el *Semanario Pintoresco Español* por los años de 1839.

voz: *Ya se pueden marchar*, mas antes de retirarse los asistentes se despedían por última vez del difunto repitiendo: *adios para siempre, todos te seguiremos por el orden que determine la naturaleza*. Deseándole al propio tiempo que le pesase poco la tierra, cuyo deseo lo expresaban en la inscripcion sepulcral con los signos S. T. T. L. *Sit, tibi, terra levis*, segun nos lo han conservado las infinitas inscripciones de este género que han llegado hasta nosotros, y de aquí el origen tal vez de la loable y devota deprecacion que los cristianos usan de R. I. P. *Requiescant in pace: en paz descansen*.

Tambien encabezaban la inscripcion sepulcral poniendo D. M. S. *Diis Manibus Sacrum*, á los sagrados dioses manes.

Estos dioses manes eran las almas de que se ignoraba sus méritos, segun Apuleyo y San Agustin.

Los que habian asistido al entierro para purificarse, al volver á sus casas hacian nuevas aspersiones con agua y pasaban por encima del fuego, á lo que llamaban *sahumerio*. Tambien debia purificarse la casa del difunto, lo que verificaban barriéndola con escobas de retama, y hasta las familias se purificaban empleando diversas ceremonias.

Durante nueve dias despues del funeral la familia estaba de duelo, concurriendo al lugar de la sepultura para practicar ceremonias religiosas.

Pasados estos dias concluian con las exequias al difunto, que consistian en hacer libaciones echando vino sobre la sepultura, flores y otras ofrendas, como habas, lechugas, pan y huevos, creyendo que los espíritus venian á comerlos para mantenerse.

La duracion del luto era de diez á doce meses para las viudas y los hijos que habian perdido al padre; en los demás casos era de corta duracion, y cuando el luto era público por muerte del príncipe ú otras circunstancias, se suspendian los negocios, los juegos públicos y hasta las tiendas estaban cerradas. El luto entre los romanos consistia en no salir de casa, no cortarse el cabello ni afeitarse, no concurrir á diversiones y no encender fuego en sus casas. El color de las ropas era negro, sin adornos durante la República, adoptando el blanco en tiempos de emperadores.

El luto en los funcionarios públicos consistia: en los magis-

trados no llevar las insignias de su dignidad; los senadores no usar anillos ni el *latus clavus*; y los cónsules no sentarse en su asiento preferente sino en uno igual al de los otros senadores.

Era costumbre romana el hacer edificar sus sepulcros en vida, segun sabemos por muchas inscripciones en que se lee V. F., *vivus fecit*: le hizo en vida.

Unos eran para ellos y sus mujeres solamente, otros para la familia y hasta para sus amigos, que tenian en otro punto los suyos.

Para el público se construian bóvedas que llamaban *Hypogæa*. Tambien acostumbraban hacer nichos en las paredes de los mausoleos para colocar en ellos las urnas, denominándolos *Columbaria*.

La violacion de un sepulcro era castigada severamente, cortando la mano al sacrilego é imponiéndolo una fuerte multa, ó bien condenándole á las minas, ó hasta la pena capital, conforme á la entidad del delito.

BENITO VILÁ.

EL TEATRO INGLÉS

EN LA ÉPOCA ANTERIOR Á SHAKSPEARE.

VII.

BEN JONSON.

I.

Con lo que dejamos expuesto es fácil comprender el camino que seguirían todos los que, encontrándose con disposiciones, se dedicaban al cultivo del arte dramático: la norma estaba dada y necesariamente habiendo de complacer á un público acostumbrado á las obras que dejamos reseñadas, todos los autores habian de seguir exponiendo aquellos asuntos en los que se acumulaban catástrofe sobre catástrofe, escenas violentas faltas de verdad que se notaban desde el primer momento, impropiedad en el lenguaje, efecto de los vicios que el eufismo habia hecho adquirir.

La imitacion del antiguo habia caído en olvido y nadie se acordaba de volverla á emprender, mucho más cuando se contaban por fracasos cada una de las apariciones de las obras de Whetstone, Braudon y Daniel, olvidadas bien pronto y admiradas en un principio solo por algunos hombres que, contando con una cultura superior á su época, podían admirar las bellezas que en las obras de las pasadas existían.

A pesar de esto, y no obstante la predilección del público manifestada en aquel tiempo solo para las obras de Marlow y las de su clase, no faltaban imitadores del teatro clásico, espíritus atrevidos que, incapaces de aspirar á un favor de escasa importancia, hacían caso omiso de cuanto al público pudiera referirse y de lo que de él pudiera esperar; y prescindiendo hasta del tiempo en que vivían, se trasladaban con el poder de su fantasía á pasadas edades admirando las bellezas que allí

habia, y haciéndose eco de ellas trataban de implantarlas en la edad posterior en que les habia caido en suerte vivir.

Entre estos hombres merece ocupar el puesto preferente Ben Jonson.

Hacia diez años que habia nacido Shakspeare (1564) cuando nació Jonson, que aún no contaba un mes de existencia cuando experimentó la irreparable pérdida de su padre. Dos años más tarde volvió á casar su madre con un maestro de obras, el cual, si bien es cierto que proporcionó al jóven Ben medios para asistir á la universidad á fin de que terminara sus estudios, á los que siempre habia manifestado grande aficion, no tardó en asociarlo á sus trabajos, ahorrando de este modo un oficial de albañil al esposo de su madre, que segun algunos sentó parte de los muros del Hotel Lincoln. Al mismo tiempo que esto, y gracias á su elevado talento y á su desmedida aficion, sabia hacer compatible el palustre con la lectura de los más notables autores que se cuentan en la literatura clásica. Homero, Horacio, Virgilio, Tácito y cuantos con sus obras contribuyen en modo alguno á la cultura del espíritu y á proporcionar conocimiento de lo que las sociedades antiguas habian sido, fueron leidos y estudiados por el jóven albañil, al que siendo insoportable cada dia más su posicion, concluyó por dejarla y alistarse en el ejército inglés que hacia la campaña en los Países Bajos. Allí hizo proezas luchando al lado de sus compañeros y sosteniendo combates parciales á la vista de ambos ejércitos, en los que salió victorioso. Volvió á Inglaterra, pobre, sin familia, sin recursos, viéndose obligado á seguir la senda que otros muchos habian seguido; senda que tambien siguió Shakspeare. Se dedicó al teatro como actor. Gifforel, uno de los más notables biógrafos del autor que nos ocupa, sostiene que representaba admirablemente, y en apoyo de esta opinion está la de la duquesa de Newcastle, que afirma que Ben Jonson era uno de los muy pocos que recitaban bien. Otros autores suponen que representaba muy mal, y sin que esta divergencia nos admire, pues es con respecto á un autor de los que más polémicas han suscitado, gracias más que á otra cosa á la division que en el campo del arte existia, continuaremos sin afirmar el pró ni el contra de una cuestion poco interesante para los que se ocupan de los autores y no de los actores.

Una aventura amorosa dió lugar á un duelo en el que Jonson dió muerte á su contrario, no sin que él saliera gravemente herido, lo cual no le libró de estar preso y muy á pique de perder la vida. Refieren casi todos los autores que cuando obtuvo la libertad, su madre, que vivía aún, le mostró un activo veneno que habia adquirido, diciéndole: «Esto te hubiera librado de la sentencia, despues de privarme de una vida que sin tí me seria insoportable.» Rasgos de esta naturaleza nos explican perfectamente que tenia precedentes y era de familia el carácter del autor que más luchas ha sostenido, que más peligros ha afrontado, que más ha despreciado la presion de la opinion pública, y nos hacen desmentir el aserto de que, visitado en su prision por un sacerdote católico, abandonara su religion para abrazar la de éste. Las enfermedades le acosaron bien pronto; años antes se habia casado y habia tenido hijos, pero éstos y su madre habian muerto; se encontraba solo, asistido por una anciana á cuya caridad tuvo que agradecer no poco, pues noble hasta parecer pródigo no poseia nada, teniendo que trabajar continuamente mientras pudo, viéndose obligado en el demás tiempo que vivió á implorar recursos del lord tesorero. Sus últimas obras se resienten de lo mucho que sufría, por más que lo sabe disimular hábilmente, declarando que su cerebro funciona regularmente.

If yon expect more than yon had to-night
 The maker is sick aud sad...
 All that his faint aud faltering tougue doth crave
 Is that yon not impute it to his brain
 That's yet unhurt althong, set round with pain
 It caunot long hold aut.

(*The new Yun.*)

Su carácter independiente sobre todo le hizo trazarse un plan de conducta por el que en toda su vida dejó de luchar y combatir. Al contrario que á los demás autores de su tiempo, á él le importaba muy poco la popularidad, y comprendiendo desde un principio cuáles son los fines de la poesia y cuáles son los derechos y el deber del poeta, no prescindió jamás de ello por halagar á la multitud y conquistar aplausos. Desde sus primeras obras, y sin que los rasgos de independencia que desde su comienzo manifesta pudieran tomarse como desafio,

no solicita de la crítica ni benevolencia ni consideracion, anhela siempre ser juzgado como merece y nada más. Su alma se habia alimentado con la enseñanza que las obras antiguas prestan; en ellas estudió el desenvolvimiento y marcha de las ideas que, encauzadas y siguiendo sin desviarse nunca del camino que la deducción indica, llegan á la plenitud sin bruscos efectos que sorprendan, sin soluciones de continuidad que en otros escritores habian de llenarse con la intuición. Ben Jonson principia, media y concluye obedeciendo á un plan, sin que por nada se separe de él, y esta idea fija, con la que muy pocos estaban conformes, dá lugar á continuas controversias en el club de la Sirena, donde con él se reunian Shakspeare, Beaumont Fletcher y otros que de continuo censuraban lo agrio de su carácter, que más y más así resaltaba comparado con la habitual dulzura del ilustre autor del *Hamlet*.

Jamás hizo una concesion en pró de las ideas de su época; siempre se muestra tal como es, y presenta las verdades con una desnudez tal que se hacen duras: de ellas están plagadas los prólogos de sus obras; continuamente aparecen rasgos que habian de irritar, dichos con una serenidad y una calma que demuestran desde luego la fija idea á que Jonson obedecía. La verdadera poesía tiene un campo donde extenderse el poeta, fines determinados que cumplir. Esto, unido á la poca importancia que al favor del público concedia, le hace decir al terminar el prólogo del *Mercado de las noticias*: «Si no os gusta lo que esta noche os dice el autor, no es porque él haya dejado de escribir bien, sino que vosotros habreis dejado de juzgar con rectitud.» En *Las diversiones de Cyntia* uno de los personajes le dice á otro: «Los hombres murmuran de tí;» y este otro, en el que está retratado el autor, contesta: «Si son tan malvados que censuran, mejor; ser censurado de tales personas es un elogio.»

De aquí el encono que contra él habia, que dió lugar á que hasta el terreno de su vida privada se invadiera con injurias y calumnias sin cuento, de las que con un laudable celo trata de demostrar la falsedad el ya citado Gifforel tocando en el extremo opuesto, pues llega á afirmar que Ben era de dulce carácter, lo cual no puede ser cierto ni puede afirmarse una vez

vistas sus obras, en las que desde luego se nota la sátira punzante de costumbres que no aleaban con su carácter y el desprecio á las debilidades que mayores leshabian de parecer dada su firmeza, lo cual le hace un tanto discupable, así como tambien su vasta ilustracion. Como humanista era uno de los primeros de su tiempo, y estos conocimientos, base de su educacion, le permitian como á pocos á él mirar las notables producciones de las antiguas literaturas, conocia perfectamente la historia de las pasadas edades y poseia conocimientos especiales como los que revela en el *Alquimista* y alguna otra de sus obras.

Disuelto el club de la Sirena algunos de sus individuos se reunieron en Fleet Street en el despacho de Simon Wadloe, de cuyo club lo hicieron presidente, contribuyendo no poco con su ilustracion y cultura á darle nombre y á hacer célebre lo que se llamó Sala de Apolo, donde eran tambien admitidas las mujeres amantes de la literatura, *lectæ feminae non repudiantur*, que decia el reglamento que para la sociedad habia hecho él mismo.

Continuó su difícil tarea luchando siempre y tropezando cada vez con mayores obstáculos: solo hay en su vida una época en la que puede vérsese más descauzado, ménos combatido. Jacobo I, aficionado á las letras, que presumia de erudito, le concedió los honores de poeta laureado, una pension, y le encargó de las obras que habian de presentarse en la corte. En este tiempo Chapman escribió su obra *Eastward Hoe* en la que colaboró Jonson. En ella, muy reformada ya despues de las muchas ediciones que de ella se han hecho, no se nota más que una satírica alusion á los escoceses, si bien los autores afirman que en un principio estaba plagada de ellas, [lo cual tanto irritó al rey que mandó prender á Chapman y fué sentenciado á que se le cortaran las orejas: Jonson no habia tomado parte en lo que á esto habia dado lugar, y no obstante, siguiendo los impulsos de su carácter, se constituyó preso, salvando de este modo á su amigo y compañero, á quien escudaba con el cariño que al noble Ben profesaba el rey.

La pension que se le habia concedido le ayudaba á vivir, pero en manera alguna le permitia dejar de trabajar; así es que muerto el rey su situacion se empeoró mucho más cuando

las enfermedades acabaron con las notables facultades de que habia gozado durante su carrera, hasta el punto de ser silbadas por completo las obras que últimamente dió á luz.

El talento de Jonson se nota más en la comedia que en la tragedia, aunque en uno y otro género se nota al mismo hombre con las mismas notas de carácter, con su mismo plan, forma y desarrollo. En las tragedias vemos un trasunto de Séneca, en las comedias de Terencio y Plauto.

Uno de los méritos que más elevan al mejor de los clásicos ingleses de aquel tiempo es que con sus comedias se propone una enseñanza: no son obras de pura fantasía ó una simple exposicion de hechos que cuando más llegará á ser una narracion; en todas ellas se nota un profundo pensamiento, una mira más elevada, cual es llevar una enseñanza al ánimo del espectador por medio de la delicada y fina sátira que emplea. Cuantos vicios predominaban en su época, cuantas debilidades inspiraban lástima, cuantos defectos se hacian notables han sido objeto de las comedias de Jonson, cumpliendo con ello un fin, realizando la aspiracion que ha de ser propia en el autor dramático. Solo efecto de su manera especial de pensar con respecto al arte, debido á la escuela de que formaba parte, se le notan ciertas exageraciones que han dado ocasion á que la crítica se ensañe más y más.

Al aparecer Jonson, y por lo que llevamos expuesto en nuestros precedentes artículos, es fácil comprender cuáles eran los vicios predominantes de las producciones literarias. De aquí que el objeto principal de su sátira fuera lo rebuscado y alambicado del lenguaje y las violentas escenas de que estaban llenas otras obras, así como tambien la falta á las unidades de que todas adolecian (1). Al hacerlo se excede y lleva la censura hasta un punto extremo, cosa que se le nota más cuando son vicios sociales los que critica, pues entonces más que en el terreno del crítico lo vemos continuamente en el terreno del moralista.

En la crítica literaria no perdona á Kid, Lyly, Marlow y todos los autores anteriores que por un espacio considerable de tiempo habian estado siendo la admiracion de sus contem-

(1) Véase el prólogo de *Every man in his humour*.

poráneos. Con los que más duro se mostró, y á los que se refirió en su comedia *Poetaster*, fueron Marston y Dekker, dos de los muchos poetastros que en todas las épocas han abundado y que con descaro sin igual se atreven á las más acrisoladas reputaciones literarias, dando lugar á que de ellos se mofen y á ellos escarnezan, siendo estos los efectos que se propusieron causar en otros con sus malaventuradas sátiras. Ni uno ni otro habia obtenido éxito en la escena; ambos eran de los aduladores de aquellos que se manifestaban contrarios á Jonson, y por ello dió á luz Marston su comedia *Antonio y Mellida*, en la que se burlaba de Jonson, representado en ella por el personaje Torcuatus. Ben les devolvió la ofensa escribiendo el *Poetaster*, en la que son caracterizados bajo los nombres de Crispinus y Demetrius. Traslada la accion á los tiempos del mayor esplendor del imperio romano; todos los notables poetas de aquella época rodean al emperador y á Mecenas y ante ellos aparecen los dos desgraciados envidiosos de la fama de Horacio (Ben Jonson). Todos se burlan de ellos y le hacen confesar sus defectos, á los que contesta Demetrius que el favor es lo que eleva á los demás, lo cual excita la risa y una desdeñosa contestacion de Horacio. Marston aparece bajo el carácter de Crispinus, y en presencia de toda aquella corte Augusto le hace leer una comedia, en la que se notan los más ridículos efectos, las frases más altisonantes, los pensamientos más rebuscados; defectos que se habian hecho notar en todas las anteriores obras de este autor. Todos se rien, todos se burlan, terminando la obra con un discurso de Virgilio, en el que les aconseja que observen un determinado plan de vida á fin de calmar la exacerbacion que ha causado en su sangre y en su cerebro la continua agitacion. Aconseja tomen todos los dias una suficiente cantidad de los principios del viejo Caton, paseando luego tiempo suficiente para que la digestion no sea laboriosa. Despues puede tomar una pieza de Terencio, pero les aconseja que se preserven de las obras de Plauto, Eunio, Calimaco y Teócrito, pues son alimentos demasiado fuertes para estómagos delicados. A esta obra contestaron Dekker y Marston con la titulada *Satiromaxtis*, que no obtuvo exito alguno.

En esta misma obra, independiente del fin principal que se habia propuesto, como fué ridiculizar á los dos citados poetas,

censuró indirectamente los vicios de que adolecían todos los que siguiendo á Lyly empleaban el amanerado lenguaje eu-fista y á los que imitando á Marlow no prescindían del énfasis exagerado y las escenas inverosímiles.

Otro de los puntos en que más se fijó Jonson, y donde más acentuó su vis cómica y su fina ironía, fué en las sátiras con que persiguió á los fanáticos puritanos, á los cuales hostigó más y con los que se mostró más implacable. Nada les perdonó, y fácilmente se explica su aversion si se tiene en cuenta que esta fanática secta, con su desmedida pretension de reformar las costumbres, se hacia odiosa, viéndola constantemente en abierta oposicion con las prácticas de aquel reino. Jonson llega á emplear las más duras palabras, hasta groseras son á veces, las que prodiga á los que tratan de aparecer virtuosos solo porque se cortan el pelo y visten negros trajes. Lo que más indignaba al poeta eran las predicaciones contra el teatro, de las cuales se burla de una manera punzante y dura (*The Staple of news*). Los llamaba hombres de negocios, que estos eran los que se proponían con sus predicaciones y la vida que aconsejaban.

Algunos han explicado las libertades de Jonson atribuyéndolas al favor que el rey le dispensaba, y si bien esto las explica en mucho, no hay que olvidar la opinion pública que estaba muy de parte del poeta en todo lo que habia satirizado. El eufismo, el énfasis, las mujeres que presumían de doctas, los poetastros, el puritanismo eran ideas que, si bien todas tenían considerable número de prosélitos, no dominaban por completo, pues se oponían las unas al carácter de aquel pueblo, las otras á los usos seguidos por un espacio considerable de tiempo. El rey, ilustrado como lo era, no podia ver con buenos ojos los desvarios de la corte y esperaba que la sátira contribuiría á su reforma; y con respecto á los puritanos, si bien á ellos no se manifestaba hostil de una manera declarada, en el fondo de su alma se alegraba de aquella sátira dirigida contra aquellos que tanto influyeron en la muerte de su madre la simpática María Estuardo.

A. FERNANDEZ MERINO.

UNA PÁGINA DE LA GUERRA

Aunque las luchas intestinas dan frecuentemente ocasion á sucesos tan horribles como los de encontrarse entre el fragor de las batallas los padres y los hijos y los hermanos peleando en bandos distintos respectivamente, y por consecuencia defendiendo causas diversas y antagónicas entre sí, dándose más de un caso en que dichos reconocimientos se verifiquen despues de la muerte de uno de los combatientes, causada por el arma ó el proyectil de su propio deudo, y aunque estos sucesos lamentables ya no impresionen como debieran, á causa de su incesante repeticion en las frecuentes luchas civiles que ensangrientan nuestro suelo tantos años hace, el episodio que vamos á narrar, acaecido el año de 187... en las escarpadas montañas de Guipúzcoa, teatro á la sazón de los principales acontecimientos de la finada guerra, no podrá ménos de preocupar hondamente la atencion y el ánimo del que leyere, por lo patético del asunto, lo interesante de su accion, lo dramático de sus detalles y la catástrofe con que se desenlaza, sintiendo nosotros que el estilo con que vamos á darle forma no esté, por ser nuestro, á la altura que tal suceso requiere.

Uno de los varios oficiales del ejército español con quien tuvo el gusto de tratar amistad el que estas líneas escribe, en la capital de Guipúzcoa el verano del año referido, fué testigo ocular de tan triste suceso, y en cierto modo actor del mismo; y este jóven simpático, á quien dedicamos desde aquí un cariñoso recuerdo, nos contó el hecho que á continuacion pensamos referir, y del cual se desprende una leccion harto dura, aunque provechosa, para los causantes de esa guerra cruel cuyos desastres percibe todavía el ánimo acongojado. Esta leccion tristísima señala distintamente el abismo de lutos y horrores á donde conducen irremisiblemente las luchas de hermanos, engendradas las más de las veces, casi siempre, por la ignorancia y el fanatismo, agentes poderosos é incansables de la degradacion y de las maldades sociales que aún mantiene sobre la tierra, á despecho del progreso, el imperio de la tiranía.

¿Cuando acabarán los pueblos de comprender sus verdaderos intereses, dejando de ser el vil instrumento de pasiones bajas y criminales y el grosero escabel de insensatas y ruines ambiciones? ¿Cuando sustituirá la bastarda dominacion de la fuerza bruta—por el influjo de la ciencia y la filosofia del progreso—con la lucha legal, racional y pacífica de la libertad y del derecho en el noble

palenque de la fraternidad y de la discusion? ¡Qué triste espectáculo nos ofrece esta desgraciada España en pleno siglo XIX!...

I.

Corría el mes de Mayo, mes deliciosamente poético en casi todos los países meridionales, sobre todo en la pintoresca y siempre bella Andalucía, donde con razon se le apellida el mes de las flores y donde la naturaleza exuberante, lozana, sonriente, pródiga en colores y en aromas, ofrece dilatado espacio y horizontes sin límites á los vuelos del pensamiento y de la fantasía para explayar y divinizar, por decirlo así, en la region de las ideas los sentimientos más sublimes del corazon y los más puros afectos del alma; mes melancólicamente sombrío en el Norte de España, principalmente en las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya, con particularidad el año de 187... á que se contrae esta triste narracion.

¡Singular contraste! En una parte de España, en el hermoso suelo del Mediodía, sol clarísimo y risueño, brisas suaves y embriagadoras, aromosas y delicadas flores, mares azules y en calma, amor, poesía, reposo...—¡el hombre en relacion íntima con Dios y la naturaleza!—En la otra parte, sobre las salientes y empinadas rocas que azotan cruel y continuamente en su casi nunca interrumpida furia el mar Cantábrico; en todo el accidentado terreno donde se ódian inveteradamente—cual si estuviese habitado por extranjeros enemigos nuestros—todas las cosas de España, comenzando por nuestras leyes, que no se creian obligados á respetar, y concluyendo por nuestra hermosa lengua, que insultan groseramente con los *sonidos detestables de una algarabía infernal que nadie entiende* (1); el citado mes de Mayo no ostentaba ninguna de las bellezas y atractivos que tan poética fama le han conquistado.

No parecia sino que allí donde se trataba con tenacidad inaudita y saña increíble de restablecer la ya rota tradicion, hasta la naturaleza rompía sus tradiciones, sin duda para convencer á los partidarios del pasado de la inutilidad de sus esfuerzos, dignos en verdad de mejor y más humanitaria causa. Tempestades en la mar, tormentas en la tierra, nubes que despedían rayos, huracanes que tronchaban los árboles y arrastraban en furioso torbellino hermosos buques que se hacían pedazos entre las peñas ó se sumergían en las ondas saladas, lluvias torrenciales y continuas, toda la furia terrible y amenazadora

de indomables y rudos elementos
en destructora guerra declarados,

y, como complemento á este cuadro sombrío, la guerra, la guerra civil con todas sus deformidades y horrores. ¡Terribles arcanos de la Providencia! La naturaleza estaba en armonía con el hombre: la destruccion, la ruina y el llanto formaban su lazo de union en medio de los horrores de una doble tempestad.

(1) Frase de un general que ha hecho la campaña.

II.

Una fuerte columna de nuestro ejército se había apoderado, después de rápido y glorioso combate, del pueblo de O..., en la costa cantábrica, comenzando inmediatamente el cuerpo de ingenieros los trabajos de fortificación.

Ya porque el general en jefe no hubiese meditado bien su plan, ya porque no contase con fuerzas suficientes para aquella operación, es lo cierto que al ordenar la ocupación del pueblo mencionado casi puede asegurarse que no supo lo que se hizo, como se dice comunmente. Aquel paraje se encontraba perfectamente dominado por unas alturas que habían quedado en poder del enemigo, y desde las cuales los carlistas bombardeaban el pueblo á su sabor causando no pocas bajas en las fuerzas leales, que á cada momento se veían obligadas á sostener, con desventaja patente, combates parciales con las avanzadas facciosas. La situación del ejército era allí insostenible; raro era el día que no teníamos seis ú ocho bajas. Sin embargo, el pueblo estuvo ocupado por nuestras tropas cerca de tres meses sin que nadie pudiera explicarse satisfactoriamente este hecho.

En uno de los puestos avanzados, en dirección opuesta al mar, en la vertiente de una colina y como blanca paloma allí posada, existía una casita de humilde apariencia, propiedad de uno de los naturales del país, cuyo sugeto, aunque adicto á la causa del Pretendiente, no quiso abandonar su morada á la aproximación de las tropas; antes al contrario, pensó explotar en su provecho este suceso para su causa infausto, y al efecto estableció una cantina en la casita mencionada, en la cual también quedó establecido desde el primer día, por orden del brigadier que mandaba la fuerza, un cuerpo de guardia que cerraba por aquella parte la línea avanzada de las tropas del gobierno.

El cantinero contaría sobre sesenta años y se llamaba Pedro. De estatura más que regular, enjuto de carnes, de frente oscura y deprimida, de pómulos salientes, de boca grande y dilatada, de labios delgados y lívidos, de larga y arremangada nariz, de ojos extremadamente azules y de mirada casi siempre oblicua y dura, revelaba en toda su persona un *no sé qué* siniestro y sombrío que producía en el ánimo de cuantos le miraban un sentimiento instintivo de antipatía y repulsión, no exento, sin embargo, de respeto, ó más bien de terror, por algo extraordinario que se vislumbraba, aunque confusamente, en el fondo de aquel carácter singular. Su forzada calma, la extremada sobriedad de sus palabras, y una amarga y casi imperceptible sonrisa que vagaba siempre en sus labios, denotaban que el sentimiento no entraba por nada en sus determinaciones, que la cabeza dominaba completamente al corazón, que era tenaz en sus propósitos, que sus deseos estaban sobre toda clase de conveniencias y aun de afectos morales; y con estas condiciones, y con un egoísmo salvaje, y con una inteligencia limitadísima, el tío Pedro caminaba siempre á su fin sin pararse jamás en los medios. Vivían con él su esposa y su hija. La primera de cincuenta años de edad, de mediana estatura,

gruesa y colorada como una remolacha francesa, alegre y decidora en ausencia de su marido, y grave hasta donde podía serlo una mujer de sus cualidades cuando el tío Pedro se encontraba á su lado; llamábase Paula, y si no era feliz no era tampoco desgraciada. La segunda, la hija de aquel desigual matrimonio, tenía diez y ocho años y se llamaba Angela.

Angela era, sin disputa, la muchacha más bonita de toda la comarca, y en nada se parecía físicamente á sus progenitores. Era más bien alta que baja, de cintura increíble, de esbelto y airoso tallo, á pesar de las toscas sayas que vestía, de abultado y artístico seno, de torneados brazos, de alabastrina garganta, de rostro ovalado como las vírgenes de Murillo, de boca pequeña y fresca como el botón de una rosa al recibir las lágrimas del rocío en una alegre mañana de Abril, de mejillas ligeramente rosadas por la esencia más fina del carmin, de ojos azules y transparentes como el cielo de Italia, de cabellos dorados como las mieses del estío ó el sol del otoño, de cutis alabastrino, de dientes de marfil y rodeada de una especie de aureola en que la inocencia y la virtud, la anergia y la debilidad, el atolondramiento y la reflexión, la austeridad y la voluptuosidad se mezclaban profusamente, sin duda para retratar más al vivo la obra de Dios: no era posible mirarla sin sentirse subyugado, porque á la vez inspiraba el lúbrico sentimiento del deseo y el sentimiento respetuoso de la castidad.

III.

Desde que la columna del brigadier X se posesionó del pueblo de O... muchos jefes y oficiales fijaron su atención, con el propósito que es de suponer, en el semblante bellísimo de Angela, y acto continuo pasó por la mente de cada uno la falaz idea de entretener sus *ócios de campaña* con la linda aldeana, creyéndola fácil, impresionable y débil como tantas otras que en la larga etapa de la contienda les habían hecho con sus gracias y atractivos más llevaderos los rudos trabajos de la guerra.

¡Cuánto se equivocaron! Angela, con una brusquedad casi primitiva, demostró á todos los que la requerían de amores el grave error en que habían incurrido al juzgarla tan ligeramente. Educada, puede decirse, en el odio á los liberales; creyendo, porque así se lo había hecho creer su padre, que aquellas tropas pretendían destruir en primer término la religión católica—que allí aman de una manera formidable—y después los fueros, *buenos* usos y costumbres de las provincias hermanas, es decir, la creencia más arraigada en su alma y los privilegios que constituían la libertad de aquel país, y más que su libertad su riqueza, odiaba instintivamente á todo el ejército español, con particularidad á los jefes y oficiales del mismo. ¿Cómo había, pues, de conceder ni el más pequeño favor, ni siquiera uno de esos favores que á nada comprometen, á ninguno de los que la solicitaban?

La afición que aquellos hombres mostraban hacia Angela era una mina para el tío Pedro, que siempre tenía su cantina llena de gente, daba salida á su detestable género á precios fabulosos y hacia, como suele decirse, su Agosto en toda regla. Quizás habrían

entrado en los planes de aquel hombre extraordinario los galanteos á su hija, seguro como estaba de la virtud de ésta.

El tío Pedro, además de lo que ganaba con su industria, recibía una retribucion de fondos del Estado por desempeñar el oficio de guia siempre que habia que practicar algun reconocimiento por el campo enemigo. Así, sin dejar de ser carlista y de proporcionar algunos favores y servicios á sus correligionarios, como veremos más adelante, odiando á muerte al ejército liberal servia á éste y ganaba *honradamente* la vida. Como se ve, era poco escrupuloso, tenia ámplio crédito en las cajas de su conciencia, jamás llegaba al balance ni á la liquidacion,

«prosiguiendo impasible su camino
sin volver la mirada ni un momento.»

Tenia todas las condiciones que forman el fanático perfecto.

Aunque, como dejamos dicho, estaba seguro de la virtud de su hija, no cesaba de aconsejar á ésta el más sangriento desden hacia sus galanteadores, presentándolos á su vista con los negros colores que sacaba de un odio inveterado, como destructores de la religion y verdugos de la humanidad, manteniendo y alimentando de este modo los rencores profundos y el febril espíritu de venganza en aquel tierno corazon donde solo debieran tener cabida las grandes y elevadas ideas, los bellos sentimientos del amor y la caridad que á tan puras y tranquilas regiones elevan el alma.

Parecia natural que la tia Paula, como madre, formara y dirigiera el corazon y la inteligencia de Angela, pero no sucedia así: en aquella casa el tío Pedro, como buen absolutista, asumia en sí todos los poderes, ejerciendo sobre su mujer y su hija la más feroz de las dictaduras. Allí solo habia una voluntad, solo se escuchaba una voz, y estas eran la voz y la voluntad del tío Pedro, del tío Pedro que necesitaba ser obedecido apenas pronunciaba una orden ó indicaba un deseo ó formulaba en un gesto una pretension.

Angela cumplia al pié de la letra los deseos de su padre en lo relativo á sus pretendientes, obrando en este asunto, debemos decirlo, más bien que por espíritu de obediencia por el impulso de su propio instinto, sin violencia de ninguna clase. Para su corazon aún no habia llegado la hora de amar, y le hubieran sido indiferentes, á no serle odiosos, cuantos la rodeaban. En la presente ocasion la antipatía y el odio llegaban al último extremo, en primer lugar, porque sabia perfectamente que ninguno de aquellos hombres que se le acercaban procuraba sus dichas ulteriores, no eran sus iguales, segun las preocupaciones del mundo, y veia sin ofuscacion el fin á que caminaban, y despues por las ideas y las intenciones de que creia á los mismos animados y que tendian á destruir cosas para ella respetables y sagradas si habia de coadyuvar á los patrióticos sentimientos de que creia poseido al autor de sus dias.

IV.

Pasaron algunas semanas sin que nada notable ocurriera—segun los partes de la campaña,—pues el hecho constante de que los carlistas pudieran bombardear á su placer y con el ensañamiento

que les caracterizaba el pueblo de O... causando cuatro ó cinco bajas diarias, por término medio, en las fuerzas leales, casi casi no tenia importancia ni valia la pena de que la atencion se preocupase demasiado con tales sucesos.

Un dia que Angela se encontraba sola, y más pensativa que de costumbre, penetró apresuradamente en la cantina un soldado y la pidió un vaso de agua con un panal. Este soldado, que pertenecía á uno de los regimientos de línea allí acantonados y se llamaba Diego, era un hermoso jóven de veintidos años, de complexion delicada, de regular estatura, de finísimo y sedoso bigote, de dulce mirar, en extremo simpático y más bien nacido para la vida contemplativa del espíritu que para las rudas é inhumanas tareas de la guerra. Venia sudando, jadeante, y apuró de un trago el refresco que habia pedido y que Angela le sirvió con solicitud poco comun en ella. Diego se sentó inmediatamente en un tosco banco de madera que habia del lado afuera del mostrador, y sin hablar una palabra estuvo por largo rato como embebecido mirando con indecible delicia el angelical semblante de la moza que, á su pesar, se sentia subyugada bajo la influencia de aquella persistente y tierna mirada.

Desde su llegada al pueblo de O... Diego amaba á Angela. ¿Qué habia sido preciso para esto? Que la viese. No habia sido osado revelar á la jóven el estado de su corazon, tanto porque el verdadero amor es naturalmente tímido, cuanto por la evidencia que tenia de que ella no habia de corresponderle. Sabia que muchos jefes y oficiales eran desdeñados por la hermosa aldeana, y ¿cómo podia él imaginar, modesto y sencillo como era, que alcanzara un pobre soldado lo que sus superiores no habian podido conseguir? Guardaba, pues, en el fondo de su corazon y de su pensamiento el fuego de su amor ardiente, y se contentaba con mirar extasiado la prenda de su cariño siempre que encontraba una ocasion propicia á tal objeto.

Ninguna le habia sido tan favorable como la presente. Los dos se hallaban solos en la cantina. Angela sabia que era amada por Diego. Ha dicho un escritor francés, y á nuestro juicio está en lo cierto, que antes que el hombre piense amar á la mujer, ya está la mujer segura del cariño del hombre. Angela, pues, leía en el alma de su apasionado un amor puro, ardiente, verdadero, en una palabra, y

«¿qué mujer, siendo mujer,
desprecia el amor que inspira,»

como dijo el poeta, sobre todo si este amor se aparta de todo sentimiento grosero y egoista, cerniéndose en los puros espacios de lo ideal?

Angela, que algunas veces no habia podido ménos de fijar su atencion en aquel gallardo y respetuoso jóven, que sabia perfectamente, como dejamos dicho, el estado de ánimo del mancebo, quizá por la extraña educacion que habia recibido, por el género de vida que habia hecho en aquellas montañas, ó acaso por una aberracion fisiológica de sus sentimientos siempre comprimidos, casi no habia podido darse cuenta exacta de las impre-

siones que le producian aquellas miradas, si bien hubiera podido afirmar que el jóven soldado no le era tan antipático como la generalidad de sus pretendientes y admiradores.

Angela, aunque carecia de instruccion y estaba fanatizada por su padre, tenia admirable instinto. Comparaba la conducta del comun de sus adoradores con la conducta de Diego, y en esta comparacion se elevaba notablemente la figura agraciada del jóven, y no podia ménos de inclinar su indulgencia y sus simpatías de parte de éste. Aquellos la dirigian á cada momento y á quema-ropa, como suele decirse, declaraciones descaradas, piropos atrevidos y hasta epigramas punzantes, mientras que Diego, que acaso era el único que la amaba verdaderamente, solo se *atrevia* á mirarla diciéndola con los ojos mucho más y más agradable que cuanto los otros la decian con los labios. Ella no podia afirmar—¡qué afirmar!—ni suponer siquiera que amaba á Diego ni que podia amarle en lo futuro, pero sí que le gustaba verle y ser mirada por él de aquella manera tan dulce y apasionada. Así empieza muchas veces el amor verdadero, ese amor que todo lo llena y todo lo domina, en el corazon de la mujer.

FRANCISCO FLORES Y GARCIA.

(Se concluirá.)

FÁBULA

(TRADUCCION DE LACHAMBAUDIE)

Su ropa echó de ménos la *Inocencia*,
y fué á buscarla á casa del *Placer*.—
¡Ya no está allí la ropa!—En su impaciencia
hace visita igual con diligencia,
primero á la *Ambicion*, luego al *Poder*...
¡Vano es su afan! ¡Inútil su trabajo!
El *Arrepentimiento* se la trajo.

I. F. M.

IMPUGNACION

DEL DERECHO OPRESOR QUE SE INTENTA IMPONER AL CORCHO EN BRUTO

IMPOSICION DE UNA VOCACION INDUSTRIAL.

Dirán quizás nuestros legisladores: «¡Pero si todo eso son alharacas! Convertir vuestros corchos en tapones y nada se os prescribe, nada se os impone.»

Falso, señores nuestros. Nos imponeis la obligacion de hacernos fabricantes *velis nolis*. ¿Y ofenderemos nosotros á esa diosa Themis de nuevo cuño diciendo á manera española que «no nos dá la real gana?»

Hasta ahora ninguna legislacion del mundo ha impuesto más que dos vocaciones forzosas: la de concejal y la de soldado. Inútil es señalar las razones de utilidad social y de dignidad personal que justifican la doble imposicion. ¡Pero imponer la vocacion forzosa de taponero! Hé aquí una singularidad que estaba reservada á la legislatura española de 1876. Y aun suponiendo que los propietarios ó especuladores de corcho llevasen su abnegacion hasta cambiar su oficio al arbitrio de una imprudente ley, ¿y los medios? ¿y la inteligencia? ¿y el capital? ¿y la práctica de la fabricacion?

LA LIMOSNA FORZOSA DEL PROTECCIONISMO.

El aspecto más favorable de esa coleccion de dislates legislativos es la concesion de una limosna á una clase angustiada. La caridad siempre es bella, aun en sus extravíos; pero la caridad está subordinada á las leyes de la justicia y á las prescripciones de la razon. Hagamos un exámen especial de la medida bajo este aspecto, único que pudiera en algun modo justificarla.

Desde luego precisa decir que la caridad en las manos de los Gobiernos es una navaja de afeitar en manos de un mono. En España al ménos, siempre que la recoge de manos de la religion es para producir espantosos desastres.

Pero concretemos la cuestion y examinemos si esas limosnas proceden en este caso especial y otros análogos. Al buen pagador

no le duelen prendas. ¿Se quiere plantear la cuestion en el terreno siperbólico de lo absoluto? Pues planteémosla.

Justifiquemos ante todo la denominacion. La imposicion de un tanto por ciento á los productores del corcho es una limosna forzosa que se impone á éstos en favor de los obreros. En beneficio de éstos se establece y paladinamente se proclama. Si no es, pues, una limosna forzosa, será otra cosa mucho peor.

Ahora bien: ¿ese socorro es justo respecto de los obligados á prestarlo de mala gana? ¿Es digno de los socorridos de mala manera? «Pero estamos en una gran crisis y es preciso salvarla.» Estudiemos el punto.

Las crisis fabriles son verdaderos naufragios económicos, y en los naufragios económicos, lo mismo que en los marítimos, se salva quien puede y perece quien Dios quiere. Todos tienen el derecho de salvarse, pero ninguno lo tiene para convertir á otro en tabla de salvacion. Todos debemos tener resignacion para morir, y ninguno tenemos la facu'tad de matar. La exposicion de la propia vida para salvar la agena es un acto heróico de caridad que ningun poder humano tiene derecho á imponer, y que á nadie ha impuesto la misma Divinidad.

Desafiamos á que se encuentre un moralista que contradiga esos principios de moralidad.

¿Es que estamos en uno de esos naufragios? Pues ni el Gobierno ni los legisladores tienen derecho legítimo para imponer obligaciones en contradiccion con esos principios. Si el buque hace agua, envíe sus botes y salve como pueda á los taponeros; pero no obligue á los tenedores del corcho á que los admita á la fuerza en el suyo, porque hay grave peligro de que se hundan todos, y esto no solamente no es justo, sino que es una grande iniquidad.

Y ahora, despues de haber tratado la cuestion en las regiones imaginarias de una caridad ó de un patriotismo extraviado, para probar que no la tenemos miedo bajo ningun aspecto, tratémosla en el sentido práctico de su verdadera significacion.

LA RESURRECCION DE LA MESTA.

Como la imposicion del derecho sobre la extraccion del corcho afecta más principalmente que á otra alguna á la region de Extremadura, elegimos ese epígrafe de maravillosa exactitud para determinar un ominoso retroceso en las vias de la libertad económica y de la justicia social que formará época en los anales de nuestro incipiente proteccionismo.

La antigua mesta puede considerarse como la bárbara idealiza-

cion del reglamentarismo insensato del antiguo régimen económico. So pretexto de proteger la industria agrícola de las lanas merinas, como ahora se quiere patrocinar la fabril de los tapones, se creó todo un mundo oficial de privilegios, concesiones, abusos é iniquidades de todo género. La agricultura fué sacrificada á la ganadería; la ganadería del Sur á la del Norte; la utilidad general del país á la de unos cuantos ganaderos privilegiados. No entraremos en el pormenor de aquellos desatinos y de aquellas injusticias que forman una buena parte del libro más importante que ha dado á luz nuestra ciencia económica: «El informe sobre la ley agraria,» del ilustre D. Melchor Gaspar de Jovellanos. La agudeza meridional se anticipó al esclarecido autor y condensó en un malicioso refran todo el jugo de sus eminentes elucubraciones económicas. «¿Qué es *mesta*? ¿Sacar de esa bolsa y meter en esta?» Pues bien: la proteccion especial taponera que ahora se reclama no es en el fondo más que una segunda *mesta*.

Los ganaderos del Norte no tenían por el invierno en sus montañas nevadas yerbas para sus ovejas, pues pongan á nuestra disposicion los propietarios de Extremadura sus dehesas. Los taponeros de Cataluña no tienen ó dicen que no tienen corcho para hacer tapones, pues quede vinculado á nuestra disposicion el corcho de Extremadura.

—¿Pero es que á nosotros los extremeños nos acomoda más labrar nuestras dehesas y cojer buenos trigos que buenas lanas?»

—«Nada de eso. Es preciso proteger la preciosa industria de las lanas merinas; esa industria indígena, especial, privilegiada, maravillosa, gloria del país, etc., etc.»

—«¡Pero es que á nosotros los extremeños no nos acomoda hacer; tapones. Preferimos expedir el corcho en planchas y no embrollar con la fabricacion nuestras faenas agrícolas!»—No puede ser. La industria taponera está postrada y necesita que le den ustedes una taza de caldo cocida con el 30 por 100 *ad valorem* de su corcho.»

—«Pero, señores, ¿no será justo que las ovejas merinas del Norte se coman las yerbas de su casa y no se vengan á comer las de la casa agena?»

—«Nada de eso. Para la *afinacion* se necesita la trashumacion, y es preciso por el honor y la gloria del país *afinar* las lanas aunque la bolsa de los extremeños se afine proporcionalmente al mismo tiempo.»

—«Pero, señores, en todo caso, si los catalanes están tocados de la rabia de la prohibicion, ¿no será lo mejor que prohiban la ex-

traccion de sus corchos y nos dejen á nosotros la libertad de beneficiar los nuestros como Dios nos dé á entender?»

—No puede ser así. Lo mejor evidentemente es que se prohíba la salida del corcho del Sur, que éste se añada al del Norte, y habrá corcho de sobra para hacer taponos; y si sobra mucho subirán los jornales y se desenvolverá espléndidamente la industria nacional. ¿Es posible que sean Vds. tan bobos que no comprendan los beneficios de esta salvadora *proteccion?*»

No somos tan tontos como todo eso. Muchachos, esta es la resurreccion de la mesta. Ya la conoceis. «Sacar de esa bolsa y meter en esta.» Se entiende: al revés.

Y puesto que hemos hecho la historia paralela de las dos mestas, recordemos á los taponeros un expresivo proverbio. «Cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas en remojo.» La antigua mesta murió y fué preciso enterrar á toda prisa el cadáver putrefacto, cuyo mal olor nadie podia resistir. La *preciosa industria* indígena, privilegiada, especial, maravillosa... pasó al extranjero: quedó al poco tiempo distanciada en los estadios mercantiles, y nadie habla ya de ella sino con un gesto de desprecio que ha sustituido al de la antipatía que excitaban sus odiosos privilegios. Lo mismo le sucederá á la taponera si sigue el mismo camino. Será una industria próspera si la vivifica el sol de la libertad y la excita la atmósfera de la libre concurrencia: perecerá de tisis si se condena á una vida artificial y forzada en los hondos y oscuros valles de la prohibicion.

CONTRAPRUDUCENCIA DE LA MEDIDA.

Práctico es el terreno en que acabamos de combatir á la proteccion, pero hay otro más práctico todavía en que poder obtener su estrangulacion. Es que despues de todos esos extravíos, de todas esas aberraciones, de todos esos desafueros y de todas esas injusticias, la medida es contraproducente.

No olvidemos que aquí no hay por parte del gobierno la más mínima aspiracion fiscal. Recordemos, por el contrario, que los promovedores de la idea lo han hecho con un candor que el agudo autor de Fray Gerundio de Campazas llamaria *columbino*.

No hay impuesto para el corcho labrado; no hay más que impuesto para el corcho sin labrar. Cuadra, pues, aquí el refran: «el gato tapado y las orejas de fuera.» Esto no es más que una exigencia de la taponería, que se ahoga y se agarra de un clavo ardiendo. La metáfora está en su lugar, porque probaremos á estos infelices que se quemarán la mano sin poder por eso salvarse.

La crisis obedece á principios generales que seria enojoso enumerar. El gobierno los conoce sin duda, y su enumeracion, además de prolija, seria impertinente. Limitémonos á los especiales que los mismos obreros están en estado de conocer y que sometemos á su aprobacion.

El cultivo del corcho se ha extendido. Los catalanes, más que nadie, le han dado vuelo. Hay plétora de tapones y de corcho en todos los puertos de Cataluña. ¡Y se propone como remedio retener el corcho excedente, ó que vá á entrar en circulacion! ¿Tiene esto sentido comun?

Esto es colocarse exactamente en la situacion del general anecdotico, impaciente de asaltar la plaza, y que se quejaba al jefe de artillería porque no estuviesen en batería los cañones. «Mi general, contestó el jefe, á la distancia en que están las obras de zapa no se alcanza aún á la plaza con un tiro de cañon.» Y replicó el general con imperturbable aplomo: «Pues tirarle dos.»

No es este un mero chiste. La analogía es perfecta. Hay millones y millones de tapones que no tienen colocacion y millares y millares de planchas que tampoco encuentran salida. Remedio singular. Pues prohibamos la salida del corcho directa ó indirectamente, y obliguemos *velis nolis* á los tenedores de corcho á que los conviertan en tapones.

¿Pero no veis que esto no sucederá? Los productores de alcornoces que tienen el corcho en sus montes, y los comerciantes del corcho que lo tienen en sus almacenes ¿se han de meter á fabricantes sin vocacion, sin antecedentes prácticos de ninguna especie.

¿Los fabricantes continuarán en escala indefinida su elaboracion? En primer lugar no querrán, y están en su derecho. ¿Qué diriais vosotros si con pretexto de la utilidad pública quisieran los fabricantes obligaros á trabajar? Diriais que se habia trasladado á España la esclavitud de los negros, que se empieza á abolir en Cuba. Pues la misma libertad que invocais vosotros invacarán ellos con un derecho igual.

Además, aunque quieran no podrán. La fabricacion supone el capital: el capital la venta de los productos. ¿No se venden éstos? Pues tiene que pagar el movimiento fabril.

Por más que os opriman grandes angustias, dignas de una terna compasion, no teneis el derecho de producir otras análogas. El fabricante que no vende sus mercancías y se ve imposibilitado para dar trabajo á sus operarios, se halla en una situacion idéntica al obrero que no tiene trabajo y no puede dar pan á sus hijos.

Aun suponiendo que no tenga corazón y sea insensible á esos deberes de la paternidad fabril, pasará por lo ménos los dolores del interés lastimado y del amor propio contrariado. ¿No comprendéis que si no da trabajo es por que no puede?

Pero ¿por qué, direis, se lleva su corcho en plancha y no lo convierte en tapones? Por la sencilla razón de que no se los compran.

En las condiciones ordinarias del cambio es evidente que el corcho labrado vale más que el corcho en bruto. Si prefiere esta venta á aquella, es porque ésta le ofrece un interés remunerador y aquella no. Cambiad el gusto de los consumidores y las condiciones del mercado; haced si podeis ese milagro, y si, como es natural, no podeis, no exijais que otros lo hagan.

Oid siquiera la voz de la razón, si no quereis oír la voz de la justicia.

El mercado del corcho, como todos los mercados del mundo, obedece á la ley que le impone el consumidor. Los Estados-Unidos piden planchas para sus máquinas; la Alemania del Norte planchas para entretener á su población rural condenada á un ocio forzado en las interminables noches de sus prolongados inviernos; la Inglaterra las pide para las múltiples aplicaciones de su colosal industria. ¿Tenemos nosotros ni tiene nadie el poder de cambiar esas necesidades, esos gustos, ó si quereis, esos caprichos?

Pero vengamos al resultado práctico de esas insensateces.

Le impone el derecho del 30 por 100 sobre las planchas. Alemanes, ingleses, anglo-americanos, piden todas planchas y no tapones. Las planchas se quedan en las pilas y vuestras cuchillas permanecen ociosas, y convertís en palpitante y amarga realidad el antiguo apólogo oriental del envidioso:

«Júpiter concedió á éste lo que quisiera con tal de dar al mismo tiempo el doble á su vecino; y el envidioso no encontró otro medio de resolver el problema que quedarse tuerto para que su vecino se quedase ciego.»

(Continuará.)

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO

El laborioso y estimado escritor nuestro amigo D. Manuel Ossorio y Bernard ha publicado un nuevo libro con el título *La República de las Letras*, que es una discreta coleccion de cuadros de costumbres literarias hechos con tanta gracia como intencion. El libro está adornado con gran número de láminas á propósito de los artículos que contiene.

Véndese esta obra en las principales librerías, y en casa del autor, Ave-Maria, 37, principal. Precio, 8 reales.

Nuestro querido amigo D. José Navarrete, el afortunado autor de las *Acuarelas de la campaña de Africa*, se dispone á publicar su libro *Maria de los Angeles*, que á juzgar por los capítulos que conocemos, ha de proporcionarle un nuevo triunfo. Muy en breve daremos á nuestros lectores muestra de las bellezas que contiene la obra que está acabando de escribir nuestro estimado colaborador, publicando uno de sus capítulos que el Sr. Navarrete nos tiene prometido.

Las novelas del orientalista Jacolliot, que mejor pudieran llamarse minuciosas descripciones de viajes, en las cuales no queda de éstos sino lo que es ameno, interesante y nuevo, han venido á formar una especie más en ese género de libros de instruccion recreativa tan brillantemente inaugurado por Julio Verne. Jacolliot es ménos técnico que Verne, y su estilo es ménos didáctico: las pinturas que del Oriente hace y el papel que en sus libros desempeñan incesantemente las mujeres de aquellas ardientes regiones, dan á éstos un interés incomparable.

Su *Viaje al país de las Bayaderas* es de las producciones amenas de Jacolliot la que mejor manifiesta sus brillantes dotes y en la que más gala hace de la magia de su estilo. Es uno de esos libros que se leen, como vulgarmente se dice, de un tiron, y que su entretenimiento rivaliza con la novela más interesante y dramática, á la vez que su lectura deja mucho más que esta.

La traduccion castellana es debida á la conocida pluma de D. Javier Galvete, y forma un elegante volúmen de casi *trescientas cincuenta páginas*, elegante impresion y muy buen papel, que se vende al ínfimo precio de dos pesetas en todas las librerías de España.

Los pedidos á la Administracion de la *Revista Contemporánea*.—San Mateo, 11, bajo.—Madrid.

DIRECTOR-PROPIETARIO,
ANTONIO LUIS CARRION